

EL DIARIO PALENTINO

Defensor de los intereses de la capital y la provincia.

EL MAS ANTIGUO Y DE MAYOR CIRCULACION

Martes 30 de Mayo de 1911

PUNTO DE SUSCRIPCION

Núm. 8464

Año XXIX

Capital: un mes. 1 peseta
Fuera: trimestre. 4
Número suelto 5 céntimos

En la Redacción y Administración
Imp. y Lit. de Alonso Hijos
Mayor principal, núm. 71

LA GRAN FUNERARIA

HONTIYUELO

Asa fundada el año 1889

Servicio permanente
Mayor pral., 184.—PALENCIA

PILAR POLLOS PÉREZ

Profesora de corte y confección

Representa en esta capital a la Sociedad suiza «Union des Maitrelles de l'enseignement professionnel pour industries et métiers»
Lecciones a domicilio y en su casa
Barrionuevo, núm. 5, 2.
PALENCIA

Carpintero

En la Fábrica de chocolates «La Antolina» se necesita un oficial para la cajonería y embalaje.

Vino de cosechero

Labradores: aprovechad la ocasión de comprar vino puro a cuatro pesetas cántaro.
El día 1.º de Junio dará principio en la bodega de la Granja de San Miguel.
Quintana del Puente

Traslado

La carpintería de Inocencio Pérez Cermeño, que se hallaba instalada en la calle de la Escuela, núm. 15, se ha trasladado a la calle Mayor Antigua, núm. 14; lo que participa a su clientela y a donde pueden pasar los avisos.

VINO

Se vende superior clarete, en la bodega de D. Manuel Diezquijada, calle San Bernardo, a 35 céntimos litro.

Forraje de cebada

Se vende superior y a domicilio.
Informes: Comercio de Polo.

CUENTO DE LOS MARTES

¡Sin madre!

Fernando y Luis, amigos íntimos, concurrían asiduamente al café de Fornos.
Allí, puestos los codos sobre el mármol de la mesa, entre sorbo y sorbo de café charabán sin cesar evocando cada uno sus recuerdos.
—Yo—decía Fernando—confieso que soy débil. El recuerdo de María me consume. Es una constante pesadilla.
—¡María! ¿Aquella linda costurera de quien hiciste juguete de tu loca pasión y a la que otorgaste formal palabra de casamiento?
—Cierto. Y después que me he casado con Julia, siento aún más la nostalgia de aquellos primeros amores. No es que esté descontento de mi esposa, no; al contrario, me quiero... y la quiero de veras.
—Entonces...
—Pero cuando vuelvo a mi imaginación el recuerdo de María, aquel cuerpito tan gracioso, en talle, en boquita pequeña, sus blanquitos dientes, aquellos ojos negros, aquel cabello...
—No es necesario que hagas su retrato. La conozco.
—Pues, francamente: Aquella visión, al evocarla en mi imaginación, me hace olvidar de mi actual posición. Después,

hace dos días, recibí una carta, la cual aún no te había enseñado, en la que se me da una noticia abrumadora.
—¿Tiene firma?
—No; pero la letra parece de María.
—Veamos.
Fernando sacó una carta y leyó:
«Fernando, dentro de unos días llegará a su casa de usted, en calidad de criado, un niño, llamado Raimundo, de diez años de edad.
Admítalo en su casa, pues nadie más que usted tiene el deber de ampararle. Es el hijo que dió a luz María; ella se encuentra enferma en el hospital y esperando algo de su caballerosidad, a fin de que el pobre niño no quede sin amparo, se lo fía a usted.
Algún día tendrá usted más noticias.
—Verdaderamente es un golpe terrible—dijo Luis.
—¡Ya ves!—
—Y tú, ¿qué piensas hacer?
—Lo que corresponde: amparar a ese pobre niño; recuerdo de mis pasados amores.
Y después de una pausa, objetó mirando a Luis:
—¡Confío en tu discreción y silencio!
—Seré mudo, amigo Fernando.
Después de apurar de un sorbo el contenido de las tazas, salieron ambos. Al despedirse dijo Luis:
—Espero noticias sobre tu nuevo... doméstico.
—Descuida. Tan pronto como ocurra novedad iré a buscarte—respondió Fernando.
Han pasado dos semanas.
En un saloncito ricamente amueblado, de la casa de Fernando, se encuentran éste, su esposa y Raimundo, tímido el niño, el cual ha entrado en la casa al servicio exclusivo de Fernando.
El niño había llegado a la casa poco después que la carta lo anunciara.
Fernando lo recibió con gran contento de su esposa, la cual, virtuosa y caritativa, veía como una obra de misericordia amparar a un pobre niño, huérfano de padres, según había dicho Fernando, y que ella, con dolierte argumentación, exclamaba:
—¿Qué felicidad nos ocasiona, qué dicha no interrumpe, nos acomete, cuando tenemos a nuestro lado una madre, a la que hacemos partícipe de nuestras penas y de nuestras alegrías! La luz y la voz de la entraña materna, esa atracción irresistible, más poderosa que el imán de las montañas que agita todas las brújulas y conmueve y enciende el seno de las nubes, y cuando está encerrada en su sepulcro, llama sin cesar al hijo errante, en la noche, en el vértigo del mundo, en la batalla, en la contemplación, en el sueño, en la vigilia, en la labor y en el reposo, porque la madre nunca se separa del hijo, y aun la muerte no rompe el vínculo invisible que mantiene la unidad de los dos seres.
Si ella, si la madre, no tuviese esa voz sobre humana para hablarnos, la vida de los hijos sería imposible; pues entonces no existiría felicidad alguna...
El niño, por tanto, no llenaba otra misión que la de servir exclusivamente a su amo. Este, por un sentimiento de humanidad, más que de cariño, trataba con solicitud a Raimundo.
No obstante, el recuerdo de María, el castigo de haber contraído la obligación de soportar a aquel muñeco, había tornado a Fernando, iracundo, violento.
Hasta había habido momentos en que, en medio de su bondad, había golpeado al pequeño Raimundo por cualquier tontería cometida inconscientemente por el niño.

—Pequeño!—le dijo—Ve a la biblioteca y trae el tomo segundo de...
Raimundo, temblando de espanto y sin comprender lo que su amo le decía, dejó deslizar dos gruesas lágrimas por sus mejillas.
—¿Qué significaba aquel mandato? El no había aprendido a leer.
No atreviéndose a replicar nada al amo, permaneció impasible.
—¿Has oído?—vociferó Fernando en el colmo del furor.
Y, acompañando la acción a la palabra, le dió con el pie, haciéndole caer al suelo.
Julia dirigió a su esposo una mirada de reproche, cogió al niño y, levantándolo del suelo, le llevó a la cocina.
La boca del infeliz destilaba sangre. Fernando, conmovido, arrepintiéndose de su ligereza; dijo para sí:
—No creí hacerte tanto daño. ¡Pobre niño!
Una visita vino a interrumpir sus pensamientos.
Era Luis, su amigo íntimo, quien enterado de todo y sirviendo de correo a Fernando, venía a notificar a éste el fallecimiento de María.
María, al morir, había dicho a Luis: «Diga usted a Fernando» que me lo bendicié, y le pido que no abandone a mi hijo Raimundo. No puedo darle el último beso; que se le dé el en mi nombre.
Y expiró.
La noticia fué un golpe fatal para Fernando.
Por vez primera sintió en su corazón el amor de padre, y se arrepintió con profunda pena de la crueldad con que había tratado a Raimundo. Ahora ya no volvería a pegarle, y los golpes se trocarían en besos.
Casi sin palabras se despidió de su amigo.
Este salió.
Llegó la noche.
Fernando, con el semblante triste, se dirigió a su dormitorio; seguido de Raimundo.
Se desahogó acostándose en su mullido lecho.
El niño tendió una manta sobre la alfombra, a cierta distancia del lecho de su amo, según costumbre, y se echó.
Pasó media hora.
Raimundo, creyendo que su amo estaría dormido, dejó escapar un profundo suspiro.
Pero Fernando, que continuaba despierto, preguntó:
—Niño, ¿duermes?
—No, señor—respondió el niño en voz baja y temerosa.
Raimundo, al silencio largamente.
Por segunda vez preguntó Fernando:
—Niño, ¿duermes?
—No señor—contestó el pequeño.
—Pues entonces ven; coge esta almohada y reposa en ella la cabeza.
Tenían estas palabras un acento tan conmovido, tan dulce, que el niño fué a ejecutar la orden.
Pero, al acercarse, le cogió Fernando la cabeza y estampó un beso en el rostro del niño.
—Este, profundamente conmovido y atarido a la vez, cogió la almohada y se la puso a su cabecera, echándose.
Padre é hijo lloraban.
Por fin, al cabo de un rato de silencio, preguntó Fernando por tercera vez, con dulzura:
—Pequeño! ¿Duermes?
—No, señor, no duermo—contestó el niño mordiéndose la manta para ahogar el llanto.
—Raimundo, ¿por qué no duermes?
—continó Fernando—. Los niños habitualmente duermen pronto. ¿Estás

enojado? Reconozco que he sido muy rudo contigo, que te he maltratado, ¿pobrecito niño?, criatura desgraciada, que vives solo y abandonado en el mundo... ¡Perdóname! ¿Quieres perdonarme?
El niño no podía contestar. Los sollozos ahogaban su voz.
—Duermes ahora, infeliz! Duermes tranquilo, pobre niño, duermes!
Una explosión de lágrimas y un ¡ay, madre mía! fué la única respuesta del infeliz Raimundo.
ELVIRA ESTELLÉS MONTAUD

CARTA DE MADRID

Mayo 29
Sr. Director:
Si ayer eran algo pesimistas las impresiones sobre las consecuencias que puede traer al gobierno la votación del Senado, hoy lo son todavía más porque a medida que se va ahondando en el asunto se ven más claras las dificultades. El gobierno cree contar con 140 votos más nueve de los senadores palatinos y para que la votación sea válida se necesitan 170. Deben, pues, tomar parte otros treinta votos más y estos los han de proporcionar los conservadores.
El gobierno que debe el triunfo a la oposición puede seguir gobernando con la debida autoridad? Esto es lo que se pregunta todo el mundo y por eso se conceptúa muerto moralmente al gobierno.
En el Consejo celebrado esta mañana se ha hecho un recuento minucioso de las fuerzas que cree contar en el Senado y según la referencia ministerial el resultado fué satisfactorio teniendo en cuenta las numerosas adhesiones que el Sr. Canalejas ha recibido en estos días. No sabemos que combinaciones se habrán hecho para ese optimismo pero el hecho evidente es que de los conservadores depende el que resulte una votación eficaz. Siendo esto así el proyecto de los consumos quedará aprobado pero el gobierno no puede seguir. Y no es eso lo peor, sino que habiendo declarado el Sr. Canalejas que no apoyará ningún otro ministerio liberal el que sustituya al presente no podrá vivir con las cortés abiertas y su vida no puede ser muy larga. Los lectores pueden deducir las consecuencias del estado de cosas.
El Sr. Canalejas no ha perdido aun la esperanza de que las huestes liberales den un ejemplo de disciplina acudiendo la mayoría al Senado a votar decidida y con entusiasmo, no por el proyecto, sino para que continúe en el poder el partido. Pero creo que confía demasiado el presidente del Consejo, porque los descontentos son muchos y esperan hasta la ocasión que ahora se les presenta para demostrarle su disgusto. No hay que olvidar que las senadurías vitalicias dan la independencia suficiente para desatender en momentos dados los deseos de los gobernantes que no hayan satisfecho las pretensiones formuladas en determinadas ocasiones y cuando esto sucede, los gobiernos no pueden ejercer presión alguna sobre los que ostentan una representación que nadie puede quitarles. Y ahora no solo son estos los que dan una muestra de su independencia, sino también los que no se hallan en ese caso, como lo prueban el recientísimo del marqués de Cortina, elevado por los votos de la mayoría a vicepresidente del Congreso y ayer se descuelga con un artículo en «El Imparcial» de gran oposición al proyecto de consumos.

Otro punto desagradable es lo hecho por el Sr. Burell. Presenta una proposición pidiendo para el general Weyler la cruz de San Fernando y aun cuando el exministro de Instrucción pública asegura que tal moción no tiene carácter alguno político, tal afirmación a nadie convence porque para conceder esa cruz no hay necesidad de que las Cortes lo aprueben; basta con que el interesado lo solicite.
Dentro del partido liberal hay elementos que desean la desaparición del gobierno y no perdonan medios para ello.
¿Qué extraño sería pues, que los conservadores aprovecharan la ocasión y consumirán la obra, puesto que se les presenta propicia? Pero no lo harán, porque demagogo saben que no se hallan todavía en condiciones de ocupar el poder.
Mencheta

Senado

Sesión del día 29 de Mayo de 1911
Se abre la sesión a las tres y veinte bajo la presidencia del Sr. Montero Ríos.
En el banco azul el ministro de Fomento.
Queda aprobado sin debate el proyecto de ley de construcción y reparación de los caminos vecinales.
Los consumos
Se reanuda el debate sobre el proyecto de sustitución del impuesto de consumos, y en este momento entra en el salón el Sr. Canalejas.
Rectifica el Sr. Sánchez de Toca manifestando que la característica de los jefes de partido es hacer votar a sus amigos y a los adversarios contra su voluntad, y que la energía de los jefes de gobierno no debe de llegar a convertir a los diputados de la mayoría en una manada de corderos.
Refiriéndose al Sr. Canalejas le dice que se encuentra ahora en igual situación que el Sr. Moret el miércoles de ceniza de hace dos años.
—Entonces no había Cortes—contesta el Sr. Canalejas.
El señor Sánchez Toca: Pero el señor Moret contaba con una mayoría el día antes y al siguiente se hallaba solo.
El señor Canalejas: Hablaré claro contra las murmuraciones de su senoría.
Me sobran energías para marcharme a la primera vacilación que note en la mayoría, pero antes de que tomara tal determinación arrojaría del partido a quienes yo viera que lagueaban.
(Muy bien).
Me marcharía a digo—pero llamando fraidores a los que me traicionaran, y negando hasta la amistad personal a aquellos que me abandonarían.
(Aplausos).
Todos votarán, y el que así no lo haga, estará fuera del partido liberal, al menos del partido liberal que yo dirijo y dirijire.
(Muy bien).
Al aceptarme la mayoría por jefe del partido, votando el Mensaje, se comprometió a votar todos mis proyectos, que son los que siempre han figurado en mi programa, no obstante que el que actualmente desarrollamos le considero algo pequeño, pues soy aún más radical.
Se nos tacha de derrochadores de la Hacienda pública porque tuvimos que gastar cinco mil millones que nos dejaron comprometidos los conservadores sin venir acompañados de presupuestos extraordinarios.

